

10710

El tío de California

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

JOSÉ FERRANDO

Estrenado en el teatro Principal de Valencia
el 2 de Abril de 1903



VALENCIA

Establecimiento tipográfico de Manuel Pau

25, CALLE DE CUARTE, 25

1907

8

El tío de California

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

JOSÉ FERRANDO

Estrenado en el teatro Principal de Valencia
el 2 de Abril de 1903



VALENCIA

Establecimiento tipográfico de Manuel Pau

25, CALLE DE CUARTE, 25

—
1907

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al distinguido Profesor de Música

D. José Ibarra

*Mi querido amigo: Te dedico este
sencillo juguete, en prueba del sincero y
especial cariño que te profeso.*

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.	Srta. MARTÍNEZ
ONOFRE.	Sr. PALANCA
ANTONIO.	» COMES
EDUARDO.. . . .	» PAREDES
PEDRO.. . . .	» RODRÍGUEZ

La acción en Madrid.

Época actual.

Derecha é izquierda la del actor.

*Domicilio del autor. Mar 91 bajo
Valencia.*



ACTO ÚNICO

Sala de descanso en una fonda. Puerta al foro, y dos á cada lado, con números pequeños que figuren de porcelana. Otomanas ó sofás junto á las paredes del foro. Sillas tapizadas. Velador en el centro, con periódicos ilustrados, recado de escribir y timbre. Cuadros de paisajes, anuncios de hoteles, de licores, etcétera. Sillas volantes. Alfombra y cortinas en la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO y á poco PEDRO, foro derecha.

EDU. ¡Pedro! ¡Pedro! (Llamando.)

PED. Voy. (Dentro.)

EDU. ¿Habrán salido?... Pues yo necesito hablarla.

PED. ¿Qué se le ofrece á usted, don Eduardo? (1)

EDU. ¿Ha salido el matrimonio?

PED. Creo que no.

EDU. ¿Y qué se sabe del tío de California?

(1) Pedro y Eduardo

- PED. Pues lo mismo que se sabía ayer: que se perdió el vapor en que venía.
- EDU. Pues lo que es ella estará inconsolable.
- PED. Y él también.
- EDU. Es claro: como que el tío traía mucho dinero y ellos eran los únicos herederos.
- PED. Si que ha sido chasco.
- MAR. (Dentro.) Camarero.
- EDU. ¡Ella! Vete.
- PED. Está bien. (Váse foro derecha.)

ESCENA II

EDUARDO y MARIA, primera izquierda.

- MAR. (Saliendo.) Camarero.
- EDU. María. (1)
- MAR. ¡Eduardo! (Queriendo retirarse.)
- EDU. Oye dos palabras.
- MAR. ¡Si mi marido se enterase!...
- EDU. Tu marido no me conoce más que como huésped de la casa.
- MAR. Sin embargo...
- EDU. En cuanto supe que habíais venido á Madrid y que parábais en esta fonda, vine yo también á ella, porque necesitaba encontrar una ocasión para hablarte. Olvidaste tus juramentos; te casaste con ese hom-

(1) Eduardo y María.

bre y todo eso necesita un explicación.

MAR. ¿Y tienes valor para recriminarme, tú, que te marchaste del pueblo sin despedirte, y sin escribir siquiera cuatro letras para disculparte?

EDU. (Es verdad.)

MAR. Yo era una pobre huérfana que estaba á expensas de gente extraña. Vino ese hombre al pueblo: se mostró muy cariñoso conmigo; y yo, que con sobrada razón creía que me habías olvidado, acepté sus ofrecimientos y me casé al poco tiempo con él.

EDU. ¿Y viviréis felices?...

MAR. Sí, muy felices.

EDU. Pues la desgracia del tío debe haberos contrariado algo, porque según tengo entendido, traía una gran fortuna.

MAR. Nosotros, gracias á Dios, tenemos una posición desahogada; y tanto mi marido, como yo, á pesar de no conocer al tío, hemos sentido más su muerte que la pérdida del capital.

EDU. Todo es de sentir.

MAR. ¡Pobre tío!... ¡Morir ahogado, cuando vendría lleno de ilusiones!...

EDU. También yo venía lleno de ilusiones, y...

MAR. Basta, Eduardo, ya es tarde; procura olvidarme y que seas muy feliz. (Medio mutis.)

EDU. Però...

MAR. Ni una palabra más. Adiós. (Váse primera izquierda.)

EDU. Pues, señor, este es asunto perdido. Mañana me vuelvo á la casa de huéspedes. (Váse segunda derecha.)

ESCENA III

ONOFRE y PEDRO, foro derecha.

PED. Que no se puede pasar. (Deteniéndole.)

ONO. Pero si soy un amigo de confianza.

PED. Está bien; pero haga usted el favor de esperar aquí. Voy á pasarle recado. (Váse segunda derecha.)

ONO. Bueno, bueno, esperaré. (Pausa corta. Baja pausadamente al proscenio y dice al público.)

Ustedes no sabrán quién soy. Pues yo se lo diré á ustedes en cuatro palabras. A mí me llaman Onofre Roca y Porra. Soy hijo de una tripicallera y de uno que comerciaba en trapos y en pieles de conejo. De joven, fuí á servir al rey, y al tomar la licencia, solicité un destino; me emplearon y desde entonces me acostumbé á vivir sobre el país. ¡Pero soy muy desgraciado! Hace una porción de

años que estoy cesante y siempre con ganas de comer. Hay muchos, que para abrir el apetito toman absenta ó vermohut... ¡Pues yo, sin tomar nada de eso, lo tengo siempre abierto de par en par, como las puertas de la plaza Mayor!... ¡Y paso unas fatigas!... Ayer fué un día de esos aciagos. ¡Las vueltas que yo di por esas calles, contemplando los escaparates de las tabernas!... Suerte que por la noche tropecé con este don Eduardo á quien conozco; le conté mi situación, me dió tres pesetas y me las comí en seguida. Es decir: las tres pesetas no me las comí, pero me fuí escapado á un restaurant económico y me comí tres cubiertos de á peseta, uno tras de otro. (Pausa corta.) Bueno, pero eso fué ayer: ¿y hoy, que también se presenta el día nublado, qué hago?... Pues otra vez á ver á don Eduardito. ¡Oh, y lo que es hoy, vengo decidido á darle el gran sablazo! ¡Lo que es en otras armas no estoy muy diestro, pero el sable!... el sable lo manejo yo mejor que el mejor maestro de armas. ¡En cuanto salga el tal Eduardito, rás! ¡lo divido!... Aquí viene. ¡Preparen!... ¡Ar!

ESCENA IV

ONOFRE y EDUARDO, segunda derecha. PEDRO sale detrás de EDUARDO y váse foro derecha.

EDU. ¡Hola, don Onofre! (1)

ONO. ¡Hola, don Eduardito! (Se abrazan.)

EDU. Tome usted asiento.

ONO. Muchas gracias.

EDU. Conque, vamos á ver: ¿qué se le ofrece á usted?

ONO. Pues lo que se me ofrece son cinco duros.

EDU. ¡Cinco duros!

ONO. ¡Sí, señor; tengo un gran compromiso!

EDU. Pues, amigo, no le puedo servir porque se me han acabado los fondos.

ONO. ¡Seré yo desgraciado!

EDU. Pero no se apure usted, hombre, no se apure usted; ya he escrito á mi casa para que me manden doscientas ó trescientas pesetas, y en cuanto las reciba, le daré á usted algo.

ONO. Muchas gracias anticipadas. (Dándole la mano.) (Vamos, chuletas en lon-tanananza.)

EDU. Pero diga usted, don Onofre: ¿usted siempre está cesante?

ONO. Siempre, ó casi siempre, que viene á ser lo mismo.

(1) Eduardo y don Onofre.

EDU. ¿Y por qué no se dedica usted á otra cosa?

ONO. Ya lo he intentado varias veces, pero todo me ha salido mal. Una vez me dediqué al comercio.

EDU. ¿Y en qué comerciaba usted?

ONO. En chocolate. Un chocolate muy malo que tenía un tendero y me lo dió á ver si lo podía vender por las casas. Pues, mire usted, á pesar de ser tan malo, solía vender alguna librita, pero por cada libra que vendía me comía dos.

EDU. ¡Demonio!

ONO. Hasta que se escamó el tendero y no me dió más chocolate.

EDU. Es natural.

ONO. Otra vez me dediqué á memorialista. Alquilé cerca de la plaza Mayor un portal que me costaba dos reales diarios. Es decir, no me costó nada, porque no lo pagué...

EDU. (Ya me lo figuro.)

ONO. Y puse un cartel á la puerta, que decía: «¡Gran barato! Memorialista modernista. Especialidad en cartas amorosas. El pago en metálico ó en comestibles».

EDU. Hombre, buena idea. ¿Y le dió algun resultado el anuncio?

ONO. Al principio, sí, señor, me dió algún resultado. ¡Cuando las criadas iban á la compra, me mandaban escribir cartitas para los novios,

en las cuales yo me esmeraba, procurando que fueran muy acarame-ladas!... Pero se escamaron tam-bién las criadas.

EDU. ¿Por qué?

ONO. Porque les vaciaba las cestas.

EDU. Claro que se escamarían: de ese modo...

ONO. Fui poco á poco perdiendo la pa-rrroquia, y tan apurado me ví un día, que no teniendo nada que co-mer, me comí el cartel.

EDU. ¡Cómo!

ONO. Yo le diré á usted, el cartel era un tapete de hule de la mesilla de mi cuarto y las letras estaban pintadas con un poco de chocolate que me quedaba de cuando era chocolate-ro. Acosado por el hambre empecé á lamer el cartel, y lametón por por aquí y lametón por allá, hasta que borré el rótulo.

EDU. ¡Hombre! usted sería capaz de co-merse el rabo de un perro.

ONO. Sí, señor; y el de un mico también.

EDU. Lo creo.

ONO. Pues ahora me dedico al alumbrado.

EDU. ¿Cómo?

ONO. Soy el inventor de una luz muy económica; tan económica, que á los consumidores no les ha de cos-tar nada.

EDU. ¡Que no les ha de costar nada!...

- ONO. A los consumidores, no, señor; á los únicos que les costará algo, será á los socios capitalistas que se fien de mí.
- EDU. ¿Y ha encontrado usted muchos?
- ONO. Hasta ahora, ninguno.
- EDU. Es claro, don Onofre, se van acabando los tontos.
- ONO. Y las tortas; digo, y las tontas.
- EDU. De manera...
- ONO. ¡Que paso las de Caín! Yo vivo de milagro, y como por sorpresa.
- EDU. Pues poco se le conoce, porque usted está bastante grueso.
- ONO. Qué quiere usted; la poca vergüenza; digo... la bondad... y...
- EDU. Sí, ya me hago cargo... ¿Y es usted solo?
- ONO. No, señor; tengo una compañera.
- EDU. Ah, ¿su señora?
- ONO. No, una gata, que se mantiene de lo que pesca por la vecindad.
- EDU. Vamos, ya...
- ONO. A mí que no me hablen de mujeres. Si encontrara alguna que me mantuviera, menos mal, porque lo que yo necesito es comer.
- EDU. (¡Oli, qué idea!) Don Onofre.
- ONO. ¿Qué hay?
- ONO. Dice usted que lo que necesita es comer.
- ONO. Está claro.
- EDU. Pues voy á darle un consejo...

ONO. ¿Un conejo? ¿Dónde está? ¡Me lo como en seguida!

EDU. No, un consejo para que pueda usted comer bien unos días.

ONO. A ver, á ver... Explíqueme usted eso, que me interesa.

EDU. Pues verá usted. Yo tenía allá en mi pueblo una novia, que durante mi ausencia se olvidó de mí, y se casó con otro.

ONO. Eso suele suceder con alguna frecuencia. Siga usted.

EDU. Pues bien: estos días ha venido á Madrid con su marido y se hospedan en esta fonda.

ONO. ¡Ay!... ¡Dichosos ellos!...

EDU. ¿Por qué?

ONO. Hombre porque aquí se debe comer bien.

EDU. Sí, muy bien.

ONO. Don Eduardo, convideme usted á comer.

EDU. Bueno, hombre, bueno; ahora vamos al caso.

ONO. Vamos allá.

EDU. El objeto del viaje de ese matrimonio, era el esperar aquí á un tío muy rico que venía de California; pero según las noticias que se han recibido, parece ser que se ha perdido el vapor en que venía y que debe haberse ahogado el tío.

ONO. ¿Y qué quiere usted que yo haga?

- EDU. Hombre, usted podría sacar partido de la situación, desempeñando...
- ONO. No, señor; no puedo desempeñar nada, porque vendí las papeletas.
- EDU. No es eso. Quiero decir, que usted podría desempeñar el papel de ese tío que esperaban; comer bien hasta que se descubriera el pastel y darles unos cuantos sablazos.
- ONO. ¡Hombre! ¡No me parece mala idea!... ¿Pero si el tío se ha ahogado, cómo les digó que yo soy el tío?
- EDU. Inventa usted una historieta: les dice que se salvó por un milagro.
- ONO. El milagro será que me salve de una paliza. ¿Cómo van á creer que yo sea el tío?
- EDU. Es fácil que le crean, porque no le conocían.
- ONO. Ah, ¿no le conocían?... Pues entonces... Sin embargo, no me atrevo... La cosa es demasiado seria.
- EDU. Hombre, no sea usted tonto.
- ONO. No, yo no soy tonto, pero no me atrevo.
- EDU. ¿Usted sabe lo bueno que sería el verse halagado y considerado por la familia?
- ONO. Tiene usted razón, pero...
- EDU. ¡Pasear en coche!... ¡Ir á los teatros!... ¡Cómer buenas magras!... ¡Buenos pollos!...
- ONO. ¡Basta, basta!... ¡Me ha tocado usted la cuerda sensible! Eso de las

magras y los pollos, me ha conmovido.

EDU. De manera...

ONO. Que me parece que me voy á convertir en tío.

EDU. Sí, hombre, sí.

ONO. ¿Qué es lo que hay que hacer?

EDU. Por de pronto esconderse en mi cuarto hasta que yo le avise.

ONO. Corriente; pero haga usted el favor de avisarme pronto, porque estoy que aún podría tomar la comunión.

EDU. Descuide usted, que será pronto. Vaya, al cuarto.

ONO. Vamos allá. ¡Aaaay! (Bostezando.) ¡Caramba y qué hambre tengo! (Váse segunda derecha.)

ESCENA V

EDUARDO y á poco ONOFRE.

EDU. Vamos á apuntar los nombres de la familia y las cosas más precisas para que don Onofre tenga una idea. (Escribe un poco.) Bien mirado, yo no debía gastarles esta broma, porque es demasiado pesada. (Queda reflexionando un poco.) Pero sí: quiero vengarme de algún modo de esa ingrata y del mostrenco de su marido. Nada; manos á la obra. (Sigue escribiendo y después de una pausa sale Onofre.)

ONO. Don Eduardo. (1)

EDU. ¿Qué le pasa?

ONO. ¡Por el amor de Dios, vea usted que me dén alguna cosita para comer, porque estoy desmayado!

EDU. Hombre, tenga usted un poco de calma y vamos á lo que importa.

ONO. Lo que importa es comer.

EDU. Bueno, hombre, eso luego: ahora, aquí tiene usted apuntados los datos más necesarios. (Dándole el papel.) Conque, al cuarto, á aprender de memoria lo que dice ese papel.

ONO. ¡Pero, hombre!... ¿en ayunas, quiere usted que estudie?

EDU. ¡Caramba! (Incomodado.)

ONO. No se enfade usted, don Eduardo; es que tengo un hambre que no veo.

EDU. Bueno, bueno...

ONO. Malo, malo, digo yo, porque si no como...

EDU. Hombre, no sea usted tan pesado, que ya comerá. Vaya, al cuarto, al cuarto. (Empujándole ligeramente.)

ONO. Un cuarto de cordero es lo que á mí me hace falta. Siento unas cosquillas por la barriga... ¡Aaay! (Bostezando.)

(1) Don Onofre y Eduardo.

ESCENA VI

EDUARDO: en seguida ANTONIO y MARIA, primera izquierda, y á poco ONOFRE y EDUARDO, segunda derecha.

EDU. Pobre don Onofre; está padeciendo como un condenado. ¡Calle! aquí viene el matrimonio.

ANT. Buenas tardes.

EDU. Buenas. Qué, ¿van ustedes de paseo?

ANT. No; vamos á despedirnos de una familia, porque esta noche nos volvemos al pueblo. Con su permiso, voy á redactar un telegrama. (Sentándose en una de las sillas que hay junto al velador, frente al público. MARIA se sienta á la izquierda.)

EDU. Es usted muy dueño. (Esta es la ocasión.) (Váse segunda derecha y sale á poco con Onofre.)

ANT. (Después de contar con los dedos.) Sí, esto es. (Escribe.)

EDU. Esa es la familia. (Desde la puerta.)

ONO. Está bien.

EDU. Ahora ya lo dejo en sus manos.

ONO. Pues déjelo usted que en buenas manos está el pandero. (1) (Eduardo se retira y Onofre baja al proscenio. Pausa corta.)

ONO. Ejém. Señores, muy buenas tardes. (Con acento americano.)

ANT. Muy buenas. (Levantándose y guardando el papel que ha escrito.)

(1) Onofre, Antonio y María.

ONO. ¿Son ustedes huéspedes de la casa?

EDU. Sí, señor.

ONO. ¡Carambita!... ¡Cuánto me alegro!... (En cuanto conozcan que no soy el tío, me dan dos bofetás.) Yo aquí aún no conozco á nadie. Acabo de llegar de California.

EDU. ¿Viene usted de California?

ONO. Sí, señor; de la California.

MAR. ¡De donde venía el tío!

EDU. Sí.

ONO. ¿Tienen ustedes un tío?

MAR. Lo teníamos.

ONO. ¿Cómo es eso?

MAR. Porque el pobre debe haber perecido en el mar. Se perdió el vapor en que venía.

ONO. ¿Y si el tío se hubiera salvado?

EDU. No es posible.

ONO. ¿Por qué?

ANT. Porque nos decía en su última carta, que en cuanto desembarcara en Cádiz, nos pondría un telegrama, para que fuéramos á recibirle á la estación...

ONO. ¡Eh! (Fingiendo gran sorpresa.)

ANT. Y cuando no lo ha puesto...

MAR. Vamos, no hablemos más de eso, Antonio.

ONO. (Alarmado.) ¡Cómo! ¿Usted se llama Antonio?

ANT. Sí, señor. Antonio.

ONO. ¡Demonio! ¡demonio!... ¿Y de apellido?

- ANT. Gurrigorrichapechilchurreta.
- ONO. ¡Zapateta! (Cada vez más alarmado) Y esta señora, es...
- ANT. María, mi esposa.
- ONO. ¡Válgame Santa Rosa!... ¿Y esperaréis telegrama del tío, para ir á re... á re... á recibirle?
- ANT. }
MAR. } Sí, señor.
- ONO. ¡Ay!... (Fingiendo un desvanecimiento.)
- MAR. ¡Eh!
- ANT. ¿Qué le pasa? (Yendo hacia él.)
- ONO. ¡Soo!... ¡soo!... ¡sobrinos míos!
- ANT. }
MAR. } ¡Qué!
- ONO. ¡Yo, yo soy vuestro tío!
- ANT. }
MAR. } ¡El tío!
- ONO. ¡Venid á mis brazos!
- ANT. }
MAR. } ¡Tío! (Yendo hacia él.)
- ONO. ¡Sobrinos de mi corazón! (Abranzándose) (1) (Y es guapa esta chica.)
- ANT. ¡Nosotros, que le creíamos muerto!
- ONO. ¿Por qué?
- ANT. Por las noticias que recibimos, en que decían que se perdió el vapor.
- ONO. Ah, sí; se perdió, pero lo encontraron.
- ANT. }
MAR. } ¡Cómo!
- ONO. Digo, no: me salvaron.

(1) Antonio, Onofre y María.

ANT. Ah...

MAR. ¡Qué milagro!

ONO. ¡Fué un paso!... ¡Sólo al recordarlo, se me ponen los pelos de punta!
¡Qué angustias pasé!

ANT. ¡Pobre tío!

MAR. ¡Cuánto sufriría!

ONO. ¡Mucho! Pero al fin me veo entre vosotros. No me canso de miraros, y de abrazaros. (Al abrazar á María, dice:)
(Pues señor, algo se pesca.)

ANT. Qué satisfacción tan grande el verle aquí, cuando le creíamos ahogado.

MAR. Es verdad.

ONO. ¡Pues y yo!... ¡yo si que no contaba veros en aquellos momentos terribles! ¡Allí, luchando con las olas!...

MAR. ¿Y cómo pudo usted salvarse?

ONO. ¡Oh!... eso es largo de contar, lo dejaremos para después de comer.

ANT. Pero hasta que llegue la hora, podría usted contarnos algo.

MAR. Sí, tío; tenemos tanto afán por saber...

ONO. Es natural; pero es que es muy triste y os afectaréis... y después no tendréis ganas de comer.

ANT. Oh, eso no importa.

ONO. ¡Cómo que no importa! Lo primero, es la alimentación.

MAR. ¡Bah! no haga usted caso: cuente usted, cuente usted.

ONO. (¿Y qué cuento yo? Tendré que inventar algo.)

MAR. Ande usted, tío. (Colocándole las manos sobre los hombros. Onofre le toca la cara.)

ONO. En fin: ya que tenéis tanto empeño, voy á contároslo. (Dios quiera que esté inspirado.) ¡Ejém!... Pues, señor, salimos de California en un día hermoso! El mar estaba tranquilo como un lago, y el vapor... tras-tras, tras-tras, marchaba gallardo y majestuoso, sin notarse el menor movimiento. Los pasajeros, llenos de satisfacción y de alegría, se entretenían en las distracciones propias de á bordo: unos jugaban, otros cantaban, y el vapor... tras-tras, tras-tras. Así navegábamos ya algunos días, cuando de pronto se volvió la tortilla.

MAR. ¡Eh!

ANT. ¡Cómo!

ONO. Un día, al levantarnos y subir sobre cubierta, notamos en el capitán cierto desasosiego y algún movimiento extraordinario en las maniobras. Los pasajeros nos preguntábamos unos á otros: ¿qué será? ¿qué no será?... y el vapor, tras-tras, tras-tras. Por fin nos decidimos á preguntarle al capitán y contestó muy alarmado: «¡Nos amenaza un gran peligro!

¿Ven ustedes aquella nubecita de color de cachumbo? Pues aquella nubecita, nos anuncia una gran tempestad. » ¡Será posible!... decíamos nosotros... y el vapor, tras-tras, tras-tras. ¡Y en efecto, á los pocos momentos, se fué nublando el cielo y empezaron los relámpagos, y los truenos! ¡El viento silbaba! ¡Los rayos y las centellas cruzaban por el espacio! y el vapor, tras-tras, tras-tras. De pronto divisamos una isla y gritamos todos con alegría: ¡Tierraaa! ¡Estamos salvados! Y contestó el capitán desesperado: «¡Imbéciles! ¡Estamos perdidos! ¡El viento nos empuja hacia las rocas que hay antes de llegar á la isla, y allí nos estrellamos sin poderlo remediar!... » ¡Horror! exclamamos todos, y entró el pánico y la confusión. ¡Lamentos! ¡Sollozos! ¡Ayes!... ¡Unos se encomendaban á Santa Bárbara; otros á San Roque; y llegamos á las rocas, ¡y el vapor!...

ANT. Sí; tras-tras, tras-tras.

ONO. No; entonces lo que hizo, fué ¡irraaac! ¡y se descosió! ¡Digo, se estrelló contra los peñascos!

ANT. ¡Jesús!

MAR. ¡Dios mío! (Pausa corta.)

ANT. De manera que...

ONO. ¡Todos se ahogaron!... menos yo,

que tuve la suerte de poderme agarrar á la cola de un perro de Terranova, que venía en el barco, y el pobre animalito, nadando y dando resoplidos, con grandes esfuerzos consiguió llegar á la isla. Vino un golpe de mar y nos dejó en tierra firme.

ANT. ¡Caramba, qué suerte!

MAR. Sí, fué un milagro!

ONO. (Y á todo esto yo sin comer.)

MAR. Siga usted, tío.

ANT. Sí, sí.

ONO. (¡Uy! me hacen sudar tinta.) ¡Cinco días pasamos en aquella isla desierta, comiendo lapas y cangrejos! ¡Oyendo por las noches los ruidos de las fieras! Durmiendo sobre los árboles y pasando la mar de sustos y fatigas, hasta que una mañana, al despuntar la aurora, divisamos un buque que pasaba por allí cerca. ¡Oh! ¡qué alegría experimenta un náufrago cuando vé un rayo de esperanza!... El perro y yo, ladrábámos. Es decir: el perro ladraba, y yo gritaba pidiendo socorro, hasta que nos oyeron; se acercaron, nos subieron á bordo, nos llevaron á Cádiz, y allí desembarcamos sin novedad, el perro y yo.

MAR. }
ANT. } ¡Bien! (Abrazándole.)

EDU. (Asomando á la puerta.) Es un cómico de primera. (Se retira.)

MAR. Pobre tío; cuántas penas y fatigas ha pasado.

ANT. Es cierto.

ONO. Sí, pero gracias á Dios, ya estoy á vuestro lado.

MAR. Y diga usted, tío: ¿y el perro?

ONO. ¿El perro?... El perro lo cogió la perrera en Cádiz.

MAR. ¡Ay! ¡pobre animalito!...

ONO. Pero lo mandarán; lo dejé encargado al dueño de la fonda, por no perder el tren.

MAR. ¡Ah!...

ANT. Y hablando de otra cosa. ¿Sabe usted que ha hecho por allá una gran fortuna?

ONO. Pchí... regular... Seis millones.

ANT. ¿De reales?

ONO. ¡Cómo de reales!... ¡De pesos!

MAR. } ¿Eh?

ANT. }

ONO. Allí no se habla más que por pesos.

ANT. ¡Seis millones de duros! ¡Ahí es nada!...

MAR. ¿Y dónde trae usted tanto dinero?

ONO. Pues lo traigo... en letras.

ANT. Es natural, mujer; en letras.

ONO. (¡Oh, qué idea!...) Y á propósito: como las letras vienen á quince días vista, y yo, con el retraso del viaje, me he gastado lo que lleva-

ba suelto, me tendréis que prestar algún dinero hasta que cobre.

ANT. Todo lo que usted quiera.

MAR. ¡Pues no faltaba más! (Antonio mete la mano en el bolsillo interior de la americana y saca un pañuelo con el cual se limpia el sudor.)

ONO. (Ya está, ya está...) (Alarga la mano, creyendo que le va á dar algo, y al notar el engaño hace un gesto de disgusto.)

MAR. ¿Pero has visto qué fortuna?

ANT. ¡Fenomenal!

MAR. ¡Seis millones!

ANT. ¡Seis millones de duros!

ONO. (Esta gente no piensa en comer.)

MAR. ¡Yo estoy loca de alegría!

ANT. ¡Pues yo estoy atontado!

ONO. ¡Pues yo estoy desmayado!

ANT. ¡Caramba! ¡pues haberlo dicho! (Pasa al velador y toca el timbre. La escena toma gran animación.)

MAR. Es claro.

ANT. Camarero.

MAR. Camarero.

ESCENA VII

Dichos, PEDRO por el foro derecha y á poco EDUARDO por la segunda derecha.

PED. ¿Qué se ofrece? (1)

ANT. Que arreglen la comida en seguida.

PED. Al instante. (Medio mutis.)

(1) Onofre, Pedro, Antonio y María.

MAR. Tres cubiertos.

ONO. No: cuatro.

ANT. ¡Cómo!

ONO. Por si viene algún convidado. (Vá-
se Pedro, foro derecha, y sale Eduardo, segun-
da derecha.)

EDU. ¿Pero qué es esto? ¿qué pasa?

ANT. ¡Que pareció el tío!

EDU. ¡Cómo!

ANT. Se salvó milagrosamente.

EDU. ¡Cuánto me alegro!... (Dándole la
mano.)

ONO. Muchas gracias. Mire usted, mire
usted, qué sobrina más guapa ten-
go. (Cogiendo á María de la mano y trayén-
dola á su lado.)

EDU. ¡Vaya! (1)

MAR. ¡Tío!

ONO. ¡Es una perla! (Abrazádola. Eduardo co-
ge á Onofre del brazo y se lo lleva aparte,
María y Antonio hablan por lo bajo durante
el aparte.)

EDU. No abrace usted tanto á la chica,
que se va á escamar el marido.

ONO. Hombre, estos son gajes del oficio.

EDU. Bueno, bueno; allá veremos.

ESCENA VIII

Dichos y PEDRO con un telegrama, foro derecha.

PED. Don Antonio.

ANT. ¿Qué hay?

ONO. ¿Está ya la comida?

(1) Eduardo, Onofre, María y Antonio.

- PED. No; un telegrama.
- ANT. ¡A ver!... (1) (Toma el telegrama y se sienta á firmar el recibo.)
- ONO. Oiga usted, camarero. ¿Cómo va la pitanza?
- PED. De aquí á un momento estará todo listo.
- ONO. ¿Y qué hay? (El camarero le habla al oído y Onofre da muestras de aprobación por señas ó habladas. Antonio firmó el recibo y se lo entrega al camarero.)
- ANT. Toma. (Váse Pedro foro derecha. Antonio lee el telegrama.)
- ONO. (¡Por fin voy á sacar la tripa de mal año!)
- ANT. ¡Eh! ¡qué esto!
- MAR. ¿Qué pasa?
- ANT. ¡Mira lo que dice este telegrama! De Cádiz. «Llegamos con seis días de retraso por temporal. Salgo tren exprés. Vuestro tío, Robustiano.»
- MAR. ¡Eh!
- ONO. (¡Adiós!...)
- MAR. Entonces... ¿quién es este señor?
- ANT. Algún pillo.
- ONO. (Me ha conocido. Aquí viene la paliza.)
- EDU. (Lárguese usted.) (Onofre va á salir y lo detiene Antonio.)
- ANT. Eh, alto ahí. De aquí no sale usted sin que sepamos quién es.
- ONO. Pues mire usted: yo soy un tío,

(1) Eduardo, Onofre, Pedro, Antonio y María.

que se ha quedado cesante antes de tomar posesión del empleo.

ANT. Lo que es usted, es un canalla.

ONO. Más que usted: Quiero decir, ya lo sé.

ATN. ¡Habrà un sinvergüenza igual!
(Antonio se abalanza á Onofre y Eduardo y María lo contienen.)

EDU. Vamos, vamos, dejarlo. (1)

MAR. Pero ¿por qué decía usted que era nuestro tío?

ONO. Por comer. Nadà más que por comer.

ANT. ¡Habrà insolente! (Amenazándole.)

MAR. (Conteniéndole.) Antonio, hoy es día de alegría. Perdónale. Será algún desgraciado.

ONO. Muy desgraciado. Siempre con buen apetito y sin un real.

ANT. Pues ya que te empeñas, le perdono y le doy cinco duros, para que se los coma á nuestra salud. (Le da un billete.)

ONO. ¡Oh! ¡gracias, gracias! (Pasando y tomando el billete.) (Veinticinco cubiertos de á peseta.)

AL PÚBLICO

Con fortuna inesperada
salí de esta Babilonia;
sólo falta á esta jornada
que le déis una palmada
al Tío de California.

TELÓN

(1) Onofre, Eduardo, Antonio y María.

OBRAS DEL MISMO AUTOR



Las niñas del Escorial.

La becerrada.

Caer en el garlito.

El nacimiento de Jesús.

Después del baile.

El pleito del molino.

Dichos y refranes.

El tío de California.

Las dos Rosas.

Pescar en seco.

El Sultán de Reus.

VALENCIANAS

Molí de vent.

El dicharachero.

Les dos Roses.

En Buñol y de paella.

El tío de California.

Hostaler y sèruchá.

La coloma y el falcó.

La comare de Foyos.

Als bañs de Vilavella.



OBRAS DEL MISMO AUTOR



Las niñas del Escorial.

La becerrada.

Caer en el garlito.

El nacimiento de Jesús.

Después del baile.

El pleito del molino.

Dichos y refranes.

El tío de California.

Las dos Rosas.

Pescar en seco.

El Sultán de Reus.

VALENCIANAS

Molí de Vent.

El dicharachero.

Les dos Roses.

En Buñol y de paella.

El tío de California.

Hostaler y seruchá.

La coloma y el falcó.

La comare de Foyos.

Als bañs de Vilavella.